

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 356

Barcelona, 23 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

CADA

inocente inmo-
lado es un nue-

vo odio que se encien-
de o se exaspera. Cada
familia mutilada, es
una nueva voluntad
inquebrantable.

(Del artículo: "Los asesinos del
aire").

LOS ASESINOS DEL AIRE

Setenta y seis "raids", del 17 de Diciembre al 20 de Enero

La crueldad monstruosa e imbecil

Desde que comenzó nuestra ofensiva de Teruel hasta el 20 de enero, la aviación fasciosa ha bombardeado las poblaciones situadas en la retaguardia del frente republicano *setenta y seis veces*. Treinta y dos de dichas agresiones causaron víctimas. En cuarenta y cuatro no hubo desgracias personales que lamentar. En las primeras fueron arrojadas cuatrocientas veinticinco bombas explosivas o incendiarias, que mataron a doscientos sesenta y tres no combatientes, hombres, mujeres y niños, e hirieron a cuatrocientos cincuenta y seis. En las segundas, las bombas lanzadas, en pura pérdida, por los aviones rebeldes, pasaron de quinientas.

En ese período de tiempo, Barcelona (capital) sufrió cinco bombardeos con víctimas, y algunos, sin ellas. Castellón y Tarragona soportaron un número parecido de agresiones. Sagunto, muchas más.

¡Setenta y seis ataques, por vía de los aires! Y casi todos (sería mejor decir todos) realizados, en aparatos italianos y alemanes, por pilotos y bombarderos a quienes Hitler y Mussolini mandaron para que asesinasen españoles por cuenta de Franco y consortes. El martirologio de la España leal, de la única España digna de tal nombre, ha alcanzado proporciones inauditas. El fascismo, que no puede vencerla, quiere, sin duda, quebrantar su espíritu, desmoralizarla, aterrarla. Pierde el tiempo. Sus cálculos miserables fallan por la base. Tales crímenes no acobardan más que a los que ya eran cobardes en el fondo de sus corazones medrosos. Mas, al contrario, indignan a los valientes, acendran y acrisolan el estoicismo de los decididos a vivir libres, o morir y tornar más acerada su resolución firmísima de abatir a los monstruos que están cubriendo a la nación de ruinas y de cadáveres.

¡Si hubieran visto allá, en los aeródromos de Palma o de Zaragoza, los cuadros que hemos presenciado, en la España republicana, después de cada bombardeo!... El llanto de las madres, la sombría desesperación de los padres, los ojos alzados al cielo enemigo, de donde la muerte baja espectral, los puños apretados, los trágicos gestos elocuentes, las sobrias palabras pidiendo justicia, no reflejaban el pánico, el miedo insuperable, el desconcierto, el horror que capitula, como tenían descontado los organizadores y ejecutores de esas expediciones monstruosas. Cada inocente inmolado, es un nuevo odio que se enciende o se exaspera. Cada familia mutilada, es una nueva voluntad inquebrantable. Los supervivientes, que tal vez no vivieron en toda su bárbara intensidad el drama total de la guerra, sienten, de improviso, que la pasión de la venganza, de la venganza noble, de la venganza que busca el castigo del culpable y la expiación del delito, se apodera de sus almas. Y desde aquel momento, son poseídos por el sagrado furor del combate mortal. Y ya sólo existen para él. Y únicamente piensan en la victoria que ha de mitigar su dolor inextinguible, poniendo sobre la mortal herida incurable el lenitivo de unos laureles gloriosos.

¡Doscientos setenta y tres muertos y cuatrocientos cincuenta y seis heridos no combatientes, desde que se iniciara la pugna de Teruel...! Y en su inmensa mayoría, ancianos, mujeres y niños. Hemos visto en cementerios, hospitales y clínicas,

cuerpos despedazados de mujeres en flor, de querubines que apenas habrán contemplado la vida con sus ojos atónitos, de viejos de nevada cabellera venerable, de ancianas a quienes la fatalidad reservaba, como fin de la jornada fatigosa de su existencia, el cruelísimo destino de víctimas de un crimen totalitario... ¿Qué habrán hecho para acabar así? ¿Por qué los mataron? Franco dice que la Patria, la Religión y la Familia, la Propiedad y el Orden, necesitaban en España de esos holocaustos. Franco miente. Franco y todos sus Yagües, Dovalés, Varelas, Castejones, Morcardós, Queipos, Arandas y Anidos, no tienen derecho a hablar en nombre de ideología alguna, así sea la más retrógrada, la más confusa, la más indefendible. «The Star», diario moderado inglés, refiriéndose al bombardeo del día 19 de enero en Barcelona, ha dicho que sólo un loco ha podido ordenarlo. Pero Franco no está loco. Para enloquecer, es indispensable tener primero, en el cerebro, una inteligencia que pueda enfermar y extrañarse. Y Franco no la tiene. No la tuvo nunca. Si hubiera sido hombre capaz de reflexión y juicio, habría comprendido que España no se resignaría a la esclavitud, que el pueblo español no supo jamás ser un triste siervo, que el más pobre mendigo de su raza es un hidalgo que lleva dentro un rey.

No ha sabido, ¡el mentecato!, conocer al pueblo en que naciera. Creyó que la nación se reducía a los cuartos de banderas de las guarniciones de África, a los patios y cuadras del Tercio, y a los Regulares y al Casino de Labradores de Jerez, y lleva año y medio intentando sojuzgarla. Y no lo ha logrado ni aun con el apoyo, comprado a costa de la honra, de los fascismos centroeuropeos. Y como pasan las semanas y los meses, y el soñado triunfo no aparece por lado alguno, su fría rabia de vanidoso huero, de saco de viento hinchado por los fuelles de la adulación más vil y repulsiva, se desfogó con los *raids* aéreos sobre las ciudades y pueblos de la República.

Cada revés, cada fracaso, cada plan que no se logra, cada crítica despectiva de los profesionales castrenses del Tercer Reich, cada fruncimiento de cejas de Mussolini, cada desaire de Hitler o de Goebbels, cada lamentación de March, se traduce en un radiograma a los asesinos de Palma, Vitoria o Garrapinillos. Y horas después, vuelan sobre Valencia, Barcelona, Tarragona, Castellón, sobre la huerta valenciana, sobre la Costa Brava, los Caproni, los Savoias, los Heinkels, los Junkers, los Fiats, tripulados por mercenarios insensibles, seres de latón y corcho, que matan por una paga mensual, robots del increíble automatismo mecánico de los regímenes totalitarios, y llueven las bombas, y se suceden las explosiones, y se hunden los hogares, y las familias son aventadas como pavesas...

¿Y qué es lo que consigue el siniestro miserable? Nada. Puede haber una crueldad útil y hasta una crueldad necesaria. Pero ésta de que nos ocupamos, es una crueldad imbecil. Imbecil y contraproducente. Porque acrecenta en términos incalculables el número de enemigos jurados, resueltos a todo antes que a ceder. Porque, rápidamente, en minutos, en segundos, cambia a los tibios en apasionados, a los indiferentes en apasionados frenéticos, a los tímidos en héroes. Y es que llega un momento, cuando los pueblos cruzan alguna de las crisis supremas que trastornan su historia y cambian su social fisonomía, en que la

Dos aristocracias

La excelentísima señora duquesa de Benavente continuaba habiendo su lujoso palacio. Con menos criados que en sus buenos tiempos cortesanos, pero con todos los atuendos de pésimo gusto que, generalmente, caracterizaba las mansiones de los aristócratas españoles. Era pariente del duque de Alba y Berwik, y como sus muchos años le impedían ser elemento activo contra nuestra causa, el pueblo la respetó. Cosa que les parecerá rarísima a los lores, que se alimentan de los folletos franquistas fabricados en serie: curas asados, niños a la plancha y jovencitas al jugo, que deglutían los «rojos» en las calles de las villas y ciudades de España.

Pero ocurre que la señora duquesa está completamente desamparada. Sus «nobles» parientes no le dejaron un cuarto ni se lo envían. Y entonces, la dama sangrazulada se dirige a la República en busca de ayuda. Y la República, que es generosa y es digna, se lo otorga con naturalidad, como a cualquier otro ciudadano español.

No encontrará la duquesa manteles bordados, ni abanicos que escondían sonrisas maliciosas, ni servidores con botonaduras doradas y calzas rojas. Pero tendrá otro honor en su nueva estancia: conocer al pueblo en la magnitud de su grandeza, en su admirable sencillez, en su estoicismo ante el dolor que convierte a sus hijos en primates de una nueva aristocracia: la del espíritu, que ni se compra ni se extiende en títulos timbrados.

Madrid, 20 de enero de 1938.

(«Mañana», Barcelona, 21 enero 1938.)

El parlamentario británico, mister Dobbie, comunica por teléfono a Londres que en España los niños y mujeres son asesinados por Hitler y Mussolini, con la venia de las democracias inglesa y francesa

Madrid, 19.—Cuando los diputados laboristas almorzaban, llamó por teléfono el presidente de la Asociación de la Prensa de Londres y preguntó si ocurría algo, pues a Londres había llegado la noticia de que, debido a un bombardeo de la aviación fasciosa, había algunos heridos entre los aludidos diputados.

Se puso al aparato el parlamentario británico Mr. Dobbie, el cual contestó:

—Estamos todos muy bien. No hemos sufrido la menor herida. Viajamos bajo la protección del Gobierno de la República. Es verdad que la aviación extranjera, al servicio de Franco, nos visitó muy cerca e hizo, como siempre, varias víctimas entre la población civil: niños, mujeres, asesinados por Hitler y Mussolini, con la venia de las democracias inglesa y francesa.

Los antiaéreos republicanos—siguió diciendo—pusieron en fuga a los aviones de Franco después que éstos tiraron sus bombas sobre la población.

Nos hemos dado cuenta, con nuestros propios ojos, de los frutos de la No-Intervención. Le ruego que no quite ni agregue ni una coma a lo que le digo y que toda la Prensa de Inglaterra lo repita. Estamos avergonzados de que nuestro Gobierno, como representante de la tradicional hidalguía y «fair play», no interprete las aspiraciones de la mayoría del pueblo democrático de Inglaterra.

Hemos visto cómo la República trata a los prisioneros fascistas: con humanidad, nobleza e hidalguía españolas.

Mañana, a las nueve, hablaremos al pueblo inglés por radio.

(«El Diluvio», 20-1-1938.)

Muerte ya no significa nada, en que el Terror ve mellarse su guadaña, en que nuevos valores espirituales se alzan por encima de los sepulcros, mientras se desvanecen los bajos egoísmos, y la vida material calla, y el interés se inhibe, y sólo llora por causas nobles.

¡Sigue asesinando, Francisco Franco!...

¡Ordena a tus verdugos aéreos que maten, día tras día, algunos ancianos, algunas mujeres, algunos niños más!... Cada víctima que cae, es la semilla de un nuevo batallón republicano...

X. X.

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

Se
AUTORIZA
la repro-
ducción de
cuanto se
publica
en este
DIARIO

Lo que han hecho en Galicia

(Episodios del terror blanco en las provincias gallegas, contados por quienes los han vivido)

El terror en la provincia de Pontevedra

YO ESTABA ALLÍ

A las once y media de la mañana del lunes se echó la tropa a la calle. Era sólo un piquete de infantería al mando del capitán don Antonio Carrero Vergés. Salí del cuartel de la calle del Príncipe. En aquellos momentos las calles céntricas de Vigo estaban en plena ebullición. De los barrios apartados afluían al centro en oleadas millares de obreros que abandonaban el trabajo, secundando la orden de huelga general dada por las organizaciones sindicales aquella misma mañana como protesta contra la sublevación militar de Africa, de la que sólo se tenían entonces vagas y contradictorias noticias.

Al aparecer los soldados la muchedumbre les envolvió rápidamente vitoreando a la República. Muchos levantaban el puño cerrado y gritaban: «¡U. H. P.!» Los soldados, aturridos primero por aquella avalancha humana y entusiasmados después por los vítores y los aplausos del gentío estacionado en las aceras, vitorearon también a la República y vitoreándola siguieron dócilmente a su capitán, que echó a andar por la calle de Colón abajo silencioso y huera, sin volver atrás la cabeza, como si no quisiera enterarse de lo que a sus espaldas sucedía. Tras él iba el pelotón de soldados entre cuyas filas se había metido la gente del pueblo. Los vítores a la República salían unánimes de las gargantas de los soldados y los obreros. Estos levantaban el puño además y, poco a poco, algunos soldados, recelosos al principio, lo alzaron también a espaldas de su capitán, que marchaba, impenetrable y hostil, a la cabeza de aquella inusitada manifestación popular que había venido a contrariar sus designios. El pueblo fraternizando con los soldados en las calles era una contingencia que no estaba prevista en sus planes. Varias veces intentó, sin conseguirlo, deshacer el estrecho abrazo de la multitud con los soldados. Sintiendo impotente para arrancarlos de los brazos del pueblo, en los que de tan buena gana se habían echado, el capitán Carrero guió a sus soldados por las calles de Vigo y tuvo que resignarse a seguir al frente de aquella jubilosa manifestación de entusiasmo republicano, a la que se iban uniendo millares y millares de seres que enronquecían vitoreando a la República y a sus tropas, como si con aquellas aclamaciones quisiesen conjurar el peligro difuso que les amenazaba. El capitán, sin desconcertarse, seguía el rumbo que iban tomando los acontecimientos y acechando la ocasión de torcerlo.

Carrero era un hombre fuerte y audaz que se hallaba íntimamente resuelto a cumplir su cometido sedicioso. Se había comprometido con el comandante de la plaza don Felipe Sánchez, un hombrezuelo astuto, a secundar la sublevación militar apoderándose de la plaza de Vigo mediante un golpe de mano audaz. La proclamación del estado de guerra era el trámite previo y decisivo. A proclamarlo había salido el capitán Carrero con aquel pelotón de soldados, que no sabían a lo que les llevaban y que cándidamente vitoreaban a la República que iban a derrocar y se abrazaban al pueblo que debían haber ametrallado. La multitud hervía amenazadoramente en torno y se apretaba instintivamente contra los soldados. El capitán, con el

gesto duro y las mandíbulas encajadas, avanzaba impertérrito, mientras en sus oídos zumbaban las aclamaciones entusiásticas mezcladas con algún que otro *mueran* amenazador que no le hacía pestañear. Carrero sabía que tenía que torcer violentamente la voluntad de aquella gran masa humana sin más apoyo que el de sus docenas de soldados, pasados ya espontáneamente al enemigo. Sabía también que no podía esperar refuerzos. La guarnición de Vigo era en aquellos momentos de poco más de trescientos hombres, que el comandante Sánchez, temeroso, había colocado estratégicamente en los alrededores de la Comandancia para defenderse contra un posible asalto. Casi toda la oficialidad se había desentendido de la proyectada rebelión y prudentemente, para no verse comprometida, se había quitado de enmedio. Con el apoyo de los paisanos no había que contar. Fascistas no había en Vigo. Los jóvenes reaccionarios de la J. A. P. eran cobardes y no saldrían a la calle mientras la tropa no les hubiese sacado las castañas del fuego...

Pero Carrero seguía mirando desafiadamente la ebullición de aquella muchedumbre sin armas, a la que desde el fondo de su alma de militar despreciaba como si fuese ganado. El piquete de soldados, guiado por él y seguido por la multitud, avanzó por la calle de Colón y luego por la de Policarpo Sáenz hacia la Puerta del Sol. A medida que el pelotón avanzaba, la multitud iba volviéndose más recelosa de las intenciones de la tropa, no obstante los vítores ingenuos de los soldados. Los gritos amenazadores menudeaban. Algunos grupos intentaron incluso cortar el paso al piquete. Empezaron a sonar las voces de «¡Traidores! ¡Traidores!» Los soldados seguían, no obstante, levantando el puño de buena fe y abrazándose cordialmente a los paisanos. Al llegar a la Puerta del Sol creció el desconcierto. El capitán dió el alto a la tropa y la muchedumbre, que siguió avanzando, se precipitó sobre los soldados, intentando arrastrarlos en sus oleadas. La fricción de la tropa con la multitud había comenzado. Al principio, los soldados, temerosos y aturridos, resistieron pasivamente a la presión de la muchedumbre, pero automáticamente se encontraron luchando a brazo partido con ella. El capitán aprovechó aquellos críticos instantes para ordenarles que despejasen violentamente si no querían ser agredidos. Hubo un momento de estupor. Los paisanos, rechazados a viva fuerza, formaron un estrecho círculo en torno al piquete. Se produjo en la muchedumbre un movimiento moroso de contracción. La distancia entre la tropa y el pueblo se había restablecido. Los soldados veían atónitos cómo súbitamente se alzaba contra ellos la hostilidad de la masa humana que segundos antes les aclamaba, y se pusieron en guardia, amenazadoramente. Los gritos de «¡Traición! ¡Traición!» salían ya de todas las gargantas y algunas piedras cruzaron el aire buscando la cabeza de los militares. La situación había cambiado como por encanto. Todavía un soldado se atrevió a gritar «¡Viva la República!», pero un rabioso clamor de la multitud rechazó aquel cándido viva. El capitán Carrero avanzó entonces, sacó el bando de proclamación del estado de guerra y se dispuso a leerlo.

Su voz cortaba el silencio dramático que se hizo en las primeras filas, mientras, a lo lejos, gruñía sordamente la multitud exasperada. En aquel crítico instante dos hombres, jóvenes, fuertes y con ademán resuelto, se desgajaron de la multitud y se acercaron amenazadores a Carrero. Uno de ellos echó la garra al bando, se lo arrancó de entre las manos al capitán y lo hizo trizas, mientras el otro gritaba «¡Mueran los traidores! ¡U. H. P.!» El capitán se revolvió furioso. En aquel instante, un impulso gigantesco de la masa humana precipitó sobre el piquete a los que estaban delante. Los soldados, atemorizados, se echaron los fusiles a la cara.

«¡Fuego!» gritó Carrero con voz sorda de rabia.

Y para dar ejemplo a sus hombres y provocar lo irreparable, empuñó su revólver y disparó a bulto contra la barrera humana que le cercaba. Sonó una descarga. Se vió como algunos hombres, heridos a quemarropa, se desplomaban aquí y allá. La multitud, apiñada al desperdigarse, dejó rodar por tierra a los que al ser heridos habían quedado sostenidos por la compacta masa de humanidad que formaban los manifestantes. Cada bala de los máusers había ensartado, traspasándolos, ocho o diez cuerpos. Millares de seres corrieron hacia las bocacalles, gritando desesperadamente: «¡Armas! ¡Armas!»

En toda aquella muchedumbre, contra la que los soldados tiraban a mansalva, hubo escasamente media docena de pistolas que respondiesen a las descargas cerradas del piquete. Aquellos tiros aislados y sin ninguna eficacia sirvieron únicamente para que el capitán Carrero azuzase a sus hombres y las descargas de fusilería, continuas, se cebasen en la muchedumbre arremolinada por el terror.

Yo corrí, como todos, viendo caer asesinados por la espalda a los que a mi lado corrían. Iba ya lejos, a la altura del Café Moderno y del Club Náutico, cuando aun nos perseguían las rociadas de balas. A la puerta del Café Moderno vi caer junto a mí a algunos curiosos que se asomaban a ver lo que sucedía. En la Puerta del Sol y en las calles adyacentes quedaron tendidas más de cien personas. Uno de los que yo mismo vi caer mortalmente herido fue Diego Lence, un muchacho republicano, al que le atravesaron el pecho de un bayoneta. También vi caer heridos a un capataz del muelle llamado Taboada y a un chiquillo de diecisiete años apellidado Domínguez. Estos dos se libraron aquel día de la muerte para caer vilmente asesinados más tarde.

El capitán Carrero, cumplida su hazaña de fusilar impunemente a la muchedumbre que vitoreaba a la República, volvió triunfante a la Comandancia y saludando orgullosamente a su jefe le comunicó:

«Las órdenes de V. E. han sido cumplidas.

El capitán Carrero—grande, gordo, bestial—y el comandante Sánchez—raquítico, grotesco, astuto—se abrazaron satisfechos de seguro. Aquellos dos hombres ejemplares habían comenzado la obra civilizadora de la redención de Galicia.

MALAS ARTES

El comandante don Felipe Sánchez es un vejete ladino que había facilitado taimadamente con sus malas artes la faena del capitán Carrero. Ya

el domingo, mientras las organizaciones obreras y los leaders del Frente Popular estuvieron perdiendo el tiempo en estériles discusiones, el astuto comandante procuró no perder el suyo. A medio día mandó llamar a la Comandancia al capitán jefe de los guardias de Asalto. Este, receloso de la intempestiva llamada del comandante de la plaza, se presentó antes en el Ayuntamiento y dijo al alcalde, señor Martínez Garrido:

«Tengo sesenta guardias y noventa fusiles a disposición de las autoridades legítimas de la República por si los militares de la guarnición de Vigo intentan sublevarse.

El alcalde, optimista, le contestó que no pasaría nada y que su generoso ofrecimiento no sería necesario.

«Le advierto—agregó el capitán que el comandante militar de la plaza me ha mandado llamar. ¿Qué debo hacer?»

«Vaya usted tranquilo. Los militares no se atreverán a sublevarse. Contamos con el pueblo en masa.

El capitán de las fuerzas de Asalto tuvo que rendirse ante la confianza que manifestaba el alcalde. Desconfiando, sin embargo, de las consecuencias que pudiese tener la llamada del comandante, previno a uno de sus tenientes:

«Si, pasadas dos horas, no he regresado de la Comandancia, te echas

a la calle con toda la fuerza disponible.

Cuando el capitán de Asalto se presentó ante el comandante Sánchez éste le preguntó cuál era su disposición de ánimo ante los acontecimientos.

«Sirvo lealmente al Gobierno de la República—contestó el capitán con firmeza.

«Nuestro movimiento es republicano—insistió el comandante.

«Para mí la República está representada por su Gobierno legítimo.

«¡Es lástima! ¡Es lástima!» contestó el comandante—. Si es así no podré dejarle salir de aquí. ¿Que da usted arrestado!

El capitán de Asalto quedó prisionero y aguardó inútilmente la llegada de sus subordinados que debían ir a libertarle. Un sargento de la Guardia de Asalto que se hallaba en complicidad con los militares rebeldes, apenas fué arrestado el capitán, comunicó al teniente que el propio capitán le llamaba para que se presentase también en la Comandancia. Cayó el teniente en el lazo, y fué igualmente aprisionado. Los sesenta guardias privados así de sus jefes, no se movieron ya.

El comandante Sánchez iba desmontando arteralmente los resortes del mando republicano.

Los éxitos de nuestras armas

La victoria de Teruel, visía por la Prensa de Noruega

La importancia que la derrota de los fascistas en Teruel ha tenido para nuestra guerra ha sido reconocida en el mundo entero. Reproducimos el siguiente artículo del prestigioso periodista Félix Franke, aparecido en el «Arbeiderbladet», de Oslo, en el que se informa de una manera desapasionada a la opinión de Noruega:

«El Ejército Popular, magnífico Ejército Popular republicano, ha libertado Teruel. La España republicana ha ganado una gran batalla, y los amigos que España tiene en todo el mundo vibran con esta victoria. Los fascistas habían hecho los mayores esfuerzos para fortificar dicha ciudad, para que fuese infranqueable. Pero ante el ataque seriamente organizado de las mejores tropas populares hubo de ceder el fascismo.

«La conquista de la ciudad, el material de guerra cogido al enemigo, los prisioneros hechos y el terreno ganado, no es lo más importante, con serlo mucho. La mayor importancia de la victoria de Teruel radica en el aspecto moral de la misma. La conquista de Teruel significa un cambio de la acción defensiva a la acción ofensiva. En Guadalajara, en el mes de marzo, el Ejército Popular estaba todavía a la defensiva. Las batallas de Brunete, Belchite y Quinto, en julio, agosto y septiembre, eran grandes acciones ofensivas, donde se consiguió cierto resultado positivo. Desde entonces hemos visto cómo aumentaba el valor de este ejército, y ahora se ha demostrado que puede vencer batallas contra el ejército internacional de Franco, contra los oficiales y estrategias alemanes e italianos, contra las mejores tropas de Franco, compuestas de 100.000 ita-

lianos, 20.000 alemanes, 30.000 moros y 30.000 portugueses y otros extranjeros.

La victoria de Teruel ha demostrado también que en el frente republicano existe una creciente estabilidad. El traslado del Gobierno a Barcelona ha servido para algo. La industria de guerra continúa perfeccionándose. La unión perfecta de la organización socialista y de la UGT, así como las relaciones cada día más cordiales entre los comunistas y los anarcosindicalistas, ha servido para fortalecer la posición del Gobierno, aumentando sus probabilidades de vencer.

La política extranjera continúa gozando de la estabilidad necesaria. Pero es una victoria para la opinión democrática mundial, que Franco y las grandes potencias fascistas, no han podido bloquear las costas del Gobierno republicano en el Mediterráneo. La mayor actividad del Labor Party como consecuencia del viaje de España del comandante Attlee, también favorece la posición internacional del Gobierno español.»

200 españoles residentes en Francia se incorporan al ejército republicano

París, 19.—La Agencia Radio publica un despacho de Perpignan en el que se dice que después del discurso pronunciado por Margarita Nelken en un mitin, 200 españoles que residían en Francia se han presentado en el Consulado de España y saldrán para su país con objeto de incorporarse a filas.

HABLA EL GOBERNADOR GENERAL DE ARAGON

Todos los organizadores, autores y cómplices de los crímenes cometidos por el fascismo en Teruel, se hallan en poder de la justicia republicana

Ha pasado varias horas en Barcelona, adonde llegó para conferenciar con el presidente del Consejo y varios ministros, el gobernador general de Aragón, don Juan Ignacio Mantecón.

Uno de nuestros redactores logró hablar con la citada autoridad acerca de la situación de Teruel, de donde acababa de salir.

—En aquella ciudad—comienza diciendo el señor Mantecón—quedan unas cuatro mil quinientas personas de absoluta solvencia republicana, que hacen su vida de costumbre en medio de la más absoluta tranquilidad; y digo tranquilidad, porque las incursiones de la aviación fascista y los peligros inherentes a la guerra los soportan aquellos leales al Gobierno con una serenidad digna de todos los elogios. Muchos de estos ciudadanos, dando un alto ejemplo de civismo, han organizado brigadas que, auxiliadas por fuerzas del Ejército, realizan a toda prisa el saneamiento de la población, donde antes de que termine la semana comenzarán a funcionar todos los servicios oficiales.

Por su parte, la Policía continúa en el interior de la ciudad la busca de archivos y documentaciones fascistas y practica pesquisas e instruye diligencias para concretar las responsabilidades que hayan contraído determinados elementos derechistas de Teruel. Hasta la fecha se han recogido muchos y muy interesantes documentos, cuyo simple examen demuestra que los facciosos no tenían confianza en el vecindario y que la mayoría de éste le era hostil.

Van comprobando los agentes a mis órdenes—sigue diciendo el gobernador general de Aragón—todas las tropelías, infamias y crímenes que en la ciudad se han cometido. Algunas no tienen calificativo para censurarlas. Yo creí en un principio que la matanza llevada a cabo en la plaza de Torico, con la asistencia regocijada de gran número de elementos fascistas, no había existido. Hubiera querido que no fuera más que un rumor; pero, para sonrojo de una ciudad, el ignominioso espectáculo se celebró. Fueron fusilados doce hombres y una mujer. Después de aquellas ejecuciones, en la plaza, pisando la sangre aun fresca de los caídos, falangistas de ambos sexos celebraron un baile que duró hasta terminar el día.

—Efectivamente, la labor de la Policía es magnífica. Merced a sus constantes pesquisas y averiguaciones, se hallan en poder de la Justicia de la República los dos jefes de Falange de Teruel, el ferretero Pamplona y Elípe, que, además, dirige la Central Obrera Nacional-Sindicalista y es el principal organizador de todos los asesinatos durante el tiempo que la ciudad ha sido martirizada por el fascismo. Están detenidos los famosos componentes de la brigada de la Muerte «el Calamocha», «el Cojo de Cella», los guardias civiles Marqués y Régulo, y todos los subalternos encargados de cometer los crímenes decretados por Falange.

También están detenidas todas las autoridades facciosas, a excepción del alcalde, Maicas, que logró huir el primer día de asedio, y el presidente de la Audiencia, que fué asesinado por los propios fascistas al salir del Seminario. Han sido capturados cuando intentaban huir, mezclados entre la población civil evacuada, todos los agentes, el comisario incluso, de la policía fascista y un gran

número de oficiales e individuos de la Guardia civil, que traicionaron a la República y asesinaron en Puebla de Valverde al diputado señor Casas Sala, a otros destacados elementos republicanos y a sesenta milicianos que acompañaban a la columna sublevada. Igual ha ocurrido con casi todos los jefes y oficiales de dicha columna. He de destacar un hecho que da idea del concepto que los pueblos de nuestra retaguardia tienen de su propia dignidad. Todos estos oficiales y guardias atravesaron los lugares y nadie los molestó lo más mínimo, a pesar de que todo el mundo sabía su traición.

—Según los cálculos de hechos confirmados por las diligencias policíacas, en Teruel han asesinado, los fascistas, a más de tres mil personas. En la provincia la cifra es mucho mayor, pero hasta este momento no tengo datos precisos. En la capital, y por declaración del párroco de la iglesia de San Miguel, sólo de dicha parroquia habían sido ejecutados seiscientos vecinos.

—Hay un hecho que demuestra la contextura moral de los facciosos. Entre los detenidos hechos por la Policía en los primeros momentos, figuraba el presidente de la Diputación. Al ser traído a mi presencia, con el mayor cinismo se me ofreció para el puesto en que pudiera necesitarle.

Hay verdaderas monstruosidades. En el Seminario, convertido en re-

sidencia del obispo, cuyas pastora- les no tienen desperdicio, había un hospital, un cuartel y una cárcel destinada exclusivamente a presos políticos, que eran tratados con verdadera inhumanidad. Una de las mujeres que allí llevaba siete meses detenida, no había cometido otro delito que decir un día en una tienda que «los rojos ganarían la guerra porque Azña tiene un ángel debajo de la lengua y habla mejor que nadie en España...»

—Por fortuna—sigue relatando el señor Mantecón—, los facciosos no tuvieron tiempo de llevarse lo que de valor existía en Teruel. Cuando quisieron darse cuenta del peligro, el cerco los inmovilizó. Por eso, en el

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

Banco de España se ha encontrado todo el tesoro de la catedral, consistente en cuadros, tapices, joyas y objetos de oro, plata y piedras preciosas del culto. Está ya todo perfectamente embalado para sacarlo de la ciudad y pasarlo al depósito artístico del Gobierno de la República.

—Así es—termina diciendo el gobernador general de Aragón—la realidad. El comercio turolense atravesaba desde hace seis meses una crisis terrible. Las ventas estaban por

completo paralizadas y la crisis de trabajo era espantosa; incluso en la industria del calzado—la principal de la ciudad—había cesado toda actividad. Esto había provocado entre los elementos obreros una miseria absoluta.

Nada más añade a sus interesantes manifestaciones el señor Mantecón, que en seguida regresó a Teruel, para terminar la organización de los servicios oficiales en aquella ciudad.

Ya ha hecho año y medio

El 17 del actual hizo año y medio del comienzo de la tragedia española. Diez y ocho meses llevamos de luchas horribles, de matanzas espantosas, de acumular ruinas sobre la ancha, dura y sufrida piel de toro ibérica. Desde luego, los generales que se alzaron en julio, la oficialidad que les siguió y las clases conservadoras que les alentaron al crimen, no esperaban que sucediera lo que ha ocurrido, ya que tenían por descontado su triunfo rápido y total. Creyeron que todo se reduciría a re-

petir el golpe del 13 de septiembre. Y su sorpresa fué enorme cuando vieron que fracasaban allí donde era preciso vencer para apoderarse del timón de la nave. Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Málaga, Cartagena, Santander, Alicante, Gijón, Murcia, etc., se les escapaban. La escuadra no les obedecía. El Gobierno central manteníase en el Poder. Lo más rico, adelantado y enérgico de España les volvía la espalda...

Había que pelear. No bastaba el

simbólico y desacreditado pronunciamiento de los cuartos de Banderas. Ya no había en las alturas un rey cómplice, sino un presidente inaccesible a la coacción, incapaz de capitulaciones con la ilegalidad liberticida. Ya no ocupaban los Ministerios figurones hinchados de viento, sino hombres decididos a cumplir sus deberes. Y en la calle, se armaban tumultuosas y heroicamente una pequeña burguesía liberal y un proletariado, que preferían la muerte a la esclavitud.

Sí. Había que luchar. Y trajeron para ello a mercenarios africanos. Y pidieron a los fascismos europeos que cumplieran los pactos hechos de antemano y que significaban la mediocritad y la deshonra de España.

¡Diez y ocho meses! ¿Cuántos centenares de miles de españoles han muerto violentamente, desde julio del 36, en las cincuenta provincias de España y en los territorios de África? Españoles de ambos bandos. Y españoles sin bando alguno. Porque el drama ha englobado a los medrosos, a los indiferentes y a los miméticos, igual que a los beligerantes declarados y activos. Y de todas esas vidas segadas por la catástrofe, son responsables, únicos responsables, ante la patria y la historia, y la humanidad, y la civilización, y el Derecho de gentes, los miserables que por defender sus odiosos privilegios y conservar un estado social, simbolizado por los históricos jornales de peseta y media, no vacilaron en lanzar a la indisciplina al cuerpo de oficiales, aprovechando su condición de casta, que le mantenía separado del resto de la nación y le imposibilitaba corporativamente para sentir sus anhelos y hacerse intérprete de sus rebeldías justísimas. Lloran las madres... Lloran las madres a los lados de la provisional barrera que se alza entre las dos Españas. Y sus lágrimas son tantas, que unidas formarían un océano.

¿Hasta cuándo? Están vencidos los facciosos, y lo saben. Están vencidos y acuden otra vez a sus amos de Roma y Berlín, y les piden nuevos ejércitos de mercenarios, nuevos aeroplanos, nuevos cañones, nuevos explosivos. Dijo Franco, en agosto del 36, a un redactor del «Daily Chronicle», que estaba dispuesto a sacrificar a media España para dominar a la otra media. Ha cumplido la primera parte de su programa. Pero no podrá realizar la segunda...

El ex-general Queipo de Llano habla con "cariño" de los diputados laboristas que visitan España

«Los pobres llegaron a Valencia y al salir de un acto público nuestros aviones regaron — ¡y no de flores! — las calles por donde pasaban, destrozando uno de sus coches, a pesar de que dicen que salieron ilesos. ¿Qué lástima que les hubiera ocurrido algo, verdad?»

(Del discurso pronunciado por Queipo en Radio Sevilla el día 20-1-38 a las 22 horas.)

La lucha en los sectores del frente de Aragón

Se tienen noticias fidedignas de un hecho que demuestra hasta qué extremo la retaguardia facciosa está cansada de la guerra. Desde hace unas semanas se celebran en Pamplona y en otras poblaciones navarras, rogativas que recorren las calles pidiendo la terminación de la guerra.

Las autoridades militares facciosas no han hecho objeción, y presiden los actos religiosos no sólo modestos sacerdotes, sino canónigos del más alto prestigio entre los elementos católicos.

La opinión pública navarra no oculta sus vehementes deseos de que cese la actual situación. Los ricos están abrumados por las cargas tributarias, y tanto ellos como los de posición modesta, han perdido hijos en el frente o los tienen luchando por una causa que han comenzado a ver perdida desde que Teruel cayó en poder de los republicanos.

La vida en Cerdeña

“No se nos permitía pintar el mar”

Extracto de una carta, escrita en agosto de 1937, por miss Bárbara Heale, residente en Broadwater Downs, núm. 2, Tumbridge Wells, Kent, a la Sra. Nancy Jhonstone, que vive en Tossa de Mar, provincia de Gerona:

«Empezaré diciéndole que cuando llegó su carta, yo estaba en Cerdeña, por lo cual tardé una semana más en recibirla. Aprovechando nuestras vacaciones, fuimos allí tres de nosotros a pintar, pues España parecía un poco intranquila. Cuando llegamos a Cerdeña, encontramos a nuestro pueblecito del litoral lleno de aviadores, marinos y soldados. Al parecer, la isla no es sólo una base naval, sino también aérea, todo ello a

la chita callando. Nos contaron las historias más absurdas con respecto a las nuevas casas que se estaban construyendo, y nos dijeron que los aviadores eran arquitectos, cuando era evidente que lo que se edificaba eran fábricas de municiones, hangares y cuarteles. Tropezamos con grandes dificultades para obtener permiso para pintar, y sólo merced a la amabilidad de unos jóvenes aviadores, de quienes nos hicimos amigos, lo obtuvimos. Como después supimos que nuestras cartas eran censuradas, no me atreví a contestarle hasta que estuviese a salvo en mi patria. Aun teniendo permiso para pintar, éramos seguidos por policías y soldados adondequiera que íbamos y no se nos permitía pintar el mar en

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE

donde divisáramos un pedazo de la costa opuesta.

Nada de esto guarda relación con su carta; pero quiero que tenga usted una idea de la agitación que produjo cuando llegó. Afortunadamente, mi madre la había incluido en una suya; de lo contrario, nunca la hubiera recibido y, probablemente, estaría yo ahora aburriéndome en una prisión, en espera de ser juzgada como espía. Una persona, que a la hora del almuerzo vió el sello español, le causó tan mal efecto, que nos asustamos y quemamos la carta (después de leerla, naturalmente), encerradas en nuestro cuarto.»

Un periodista noruego habla de la vida en Barcelona, en Madrid y en los frentes

La República española cuenta con un Ejército Regular, disciplinado y poderoso, que no solamente está bien organizado, sino que también tiene fe en su fuerza

—Hasta la vista—me gritó el carabinero francés cuando pasé la frontera.

—Dé recuerdos a la España Republicana—me había dicho poco antes otro.

Y un tercero había declarado:

—Sentimos con el pueblo español.

Así empieza su primer artículo sobre España, Finn Moe, redactor de la crónica extranjera del periódico noruego «Arbeiderbladet», que, enviado como corresponsal especial, ha dado comienzo a su labor informativa.

Estas declaraciones — continúa — demuestran cómo se siente y piensa en Francia sobre los acontecimientos de España.

En Port-Bou no tuve que cumplir muchas formalidades. La inspección era severa, pero expeditiva.

El hombre que nos acompañaba nos recomendó que continuásemos lo antes posible el viaje, pues los fascistas bombardeaban Port-Bou algunas veces.

Nos dirigimos a la Sección del Ministerio de Defensa en la población. Descansamos un momento. Pronto llegó un aviador, que fué nuestro acompañante hasta Figueras. Desde allí, un chófer del servicio de transportes nos trasladó a Barcelona. Y en esta capital nos dieron un tercer acompañante, que ya no nos abandonó hasta el final del viaje.

LA VIDA EN BARCELONA
Llegamos muy entrada la noche. El traslado del Gobierno ha ocasionado un gran aumento de población, haciéndose por esta causa más difícil el hospedaje. La distribución de los cuartos de los hoteles está vigilada por la policía. Pero una vez que se encuentra hotel, los cuartos son buenos y los empleados, amables. Todo marcha con precisión y de buena

forma. Y entonces se sonríe uno de ciertos cuentos relativos a la vida del hotel en Barcelona.

Como de todo lo que en relación a la vida de esta ciudad se ha oído, Barcelona es una población normal. Si se nota algo, es una mayor actividad, originada, seguramente, por la llegada del Gobierno y de los millares de personas trasladadas aquí con ese motivo. Pero no está afectada por el ambiente de la guerra. De noche se apagan las luces, excepto alguna azul que brilla de trecho en trecho. Circulan tranvías y coches. La vida florece en cafés y restaurantes lo mismo que en París.

En Barcelona se puede encontrar de todo. Quizás no se podrá comprar cuanto se quiera, en cantidad; pero existe. Todo esto no es más que un problema de transporte y organización, que el Gobierno Negrín está realizando.

Portugal se arma

Londres, 20.—Como consecuencia del reciente decreto del Gobierno portugués reorganizando las fuerzas del ejército, aquél ha firmado un contrato con la «Gloster Aircraft Company» para la compra de quince aviones de caza, marca «Gladiator», cuya entrega tendrá que hacerse en plazo breve.

De los doce aviones «Avro» recientemente adquiridos por el Gobierno de Portugal, ocho de ellos han llegado a su destino y los restantes están en camino.

Este rearme sospechoso de un país como Portugal, de tan escasas posibilidades económicas, despierta ciertos recelos en los países democráticos de Europa.

(«Mañana», Barcelona, 21-1-37)

LA REPUBLICA CUENTA CON UN EJERCITO QUE TIENE FE EN SU FUERZA

La República Española es fuerte. Tiene un ejército regular que no solamente está bien organizado, sino que tiene también fe en su fuerza. No soy técnico militar, pero he sido testigo de la fuerza de este ejército.

Los soldados están bien vestidos y tienen buenas y suficientes provisiones. En un hospital en Tarancón, no lejos del frente, nos sirvieron muy bien de comer, y en una ambulancia sanitaria situada solamente a medio kilómetro del frente, los soldados nos ofrecieron con orgullo garrafas llenas de cerveza.

—No hay mucha faena por el momento — nos decían. Ha reinado tranquilidad en el frente durante mu-

cho tiempo. Ultimamente los fascistas han vuelto a iniciar sus bombas aéreas. En Tarancón, las bombas aéreas lanzadas hace algunos días destruyeron varias casas, y entre ellas una que se había transformado en hospital.

También bombardearon hace poco una ciudad costera, donde estaba situado un hospital. Este era el único objetivo de los aviones.

España es fuerte. La vida sigue su curso normal. Se trabaja intensamente, no sólo para ganar la guerra, sino también para hacer una nación nueva. Esto se realiza poco a poco y con gran regularidad.

Y esta España fuerte es la que está decidida a vencer.

La España republicana siente que lucha por algo más que su defensa: lucha por una idea.

Los católicos y el Estado Español

Por ENRIQUE MORENO

(Continuación)

No había otra solución que la de prestar apoyo al Gobierno nacido de las elecciones, encauzando las aspiraciones proletarias por vías legales, librándolas así de caer en ningún extremismo. Pero esto sólo podía realizarse por medio de una serie de reformas que exigían el auxilio de la burguesía, y la más estricta lealtad por parte del Ejército, que permitiera mantener el principio de autoridad. Desgraciadamente, la poca inteligencia de nuestros reaccionarios, les impidió prever la gravedad del momento, y la falta de patriotismo del Ejército, no consintió que éste renunciara a su ambición del poder. Así, mientras las derechas emprendían una campaña de terrorismo, apartándose de la legalidad (1), los militares persistían en una actitud hostil al Gobierno, que no podía utilizarles para restablecer su autoridad, y continuaban con sus preparativos de sublevación, los cuales, a juzgar por las fechas de los viajes de Sanjurjo, la existencia de fortificaciones en el Guadarrama y por los rumores que acompañaron las elecciones (2), debían de estar muy adelantadas tiempo antes de celebrarse éstas.

III

Por fin, llegan a Madrid noticias de haberse sublevado, a las órdenes del general Franco, nuestro Ejército de África, al que se adhirieron al día siguiente casi todas las fuerzas armadas de la Península. Tras muchas vacilaciones, e incluso un intento de conciliación que los militares rechazaron, el Gobierno decidió distribuir entre el pueblo las pocas armas con que aun contaba fuera de los cuarteles. Los que pretendían justificar la actitud de los generales, fundándose en el inminente peligro de una supuesta amenaza comunista, no han explicado aún por qué; si esto era cierto, carecían de armas los trabajadores, hasta tal punto, que sólo pudieron defenderse en los lugares donde el Gobierno los proveyó de ellas.

En la noche del 18 de julio, nacieron las milicias. Puedo asegurar que, al día siguiente, domingo, se celebró misa en casi todas las iglesias de Madrid, sin que sacerdotes ni fieles fueran molestados. En cambio, el lunes (20 de julio), vi como en el mismo momento en que los leales asaltaban los cuarteles, desde las ventanas de Nuestra Señora de Covadonga, se hacía fuego sobre las milicias. Y el día 21, vi las huellas de los combates de la víspera en la Catedral, San Andrés y en el convento de Santa Isabel la Real.

Esto quizá explique la violencia que estalló en Madrid, provocando el incendio de catorce iglesias. Pero no hay justificación para lo ocurrido en otras partes,

donde las agresiones procedieron de la multitud, suscitando horribles excesos, en los que sólo resalta la dignidad con que obispos, religiosos y sacerdotes aceptaron la corona del martirio.

Casi tan reprochable como estos desmanes, ha sido su explotación, para fines políticos o sociales, por una parte de la Prensa, que acusó de ellos al Gobierno o cayó en la aberración de pensar que los excesos cometidos por las masas, después de la sublevación y como consecuencia de ella, legitimaba el crimen de los rebeldes, como si fuese posible justificarlo por la sola enumeración de los que se cometieron después.

No era la primera vez que esto ocurría en España; en 1835 varios frailes fueron asesinados, y estos actos de violencia, y otros análogos, se repitieron durante todo el siglo XIX; en 1909, ocho años después de la Revolución rusa, fueron quemadas todas las iglesias de Barcelona; en mayo de 1931, al publicarse (pocos días después del advenimiento de la República) una Pastoral del Cardenal Primado, escrita en términos agresivos hacia el nuevo régimen, hubo quema de iglesias en Madrid y en varias ciudades andaluzas. Debe advertirse que, hasta 1936, los campesinos participan muy raras veces en estos actos. Es difícil no relacionar este hecho y esa fecha con la identificación entre los intereses de la Iglesia y los de los «latifundistas», representados por Gil Robles.

Nos confirmamos en tal idea al considerar este punto: que en las regiones de pequeños propietarios, el Norte de Castilla, el País Vasco y Navarra, donde el clero cuenta aún con la estimación del pueblo, y en otras partes de España, como en Oviedo y Santander, las milicias pusieron a los obispos en libertad, e incluso en Cataluña, siete de éstos fueron salvados por el Gobierno (3). En cambio, en las zonas de los latifundios hay que lamentar la muerte de algunos obispos.

Mientras dominaba el pueblo en los lugares donde la sublevación había sido aplastada, en el resto de España los militares le arrancaban traidoramente todos sus instrumentos de poder, utilizando estos mismos para exterminar a todos los españoles que no compartieron su ideología. Al terrorismo reinante se deben los asesinatos de los militares que se negaron a romper su promesa de lealtad, los de catorce catedráticos, treinta y seis diputados a Cortes, trece sacerdotes en el País Vasco, e incluso los de religiosos, como el Padre Revilla, O. F. M., encarcelado en Burgos por protestar contra las ejecuciones. Basta con lo dicho, sin que sea necesario mencionar las matanzas de obreros y campesinos, de los heridos en el hospital de Toledo, del pueblo de Málaga, ametrallado cuando huía de los rebeldes, y hechos como los de Badajoz y Guernica, que aunque sus promotores los desmientan, son ya bien conocidos y no eludirán el juicio de la Historia.

Lo grotesco de esta guerra reside en que, mientras no nos faltan razones para creer que el clero no anduvo ajeno a su preparación, se nos habla de ella como de un levantamiento de los españoles en defensa de su religión, una insurrección de los fieles, una cruzada contra el ateísmo, ¡como si los fieles y los moros fueran españoles, como si los italianos y los alemanes vinieran a defender el catolicismo y, finalmente, como si los grandes propietarios, que están junto a los mili-

tares, tuvieran otra preocupación que la de conservar sus bienes!

Nadie niega a los obispos el derecho de expresar su criterio sobre aquellos asuntos en que la Iglesia admite el libre albedrío del hombre. Si los obispos españoles hubiesen limitado sus manifestaciones de simpatía hacia los rebeldes, los católicos hubiesen procurado comprender las razones de esta actitud, tratándolos con la caridad que les es debida, como cristianos, y el respeto a que son acreedores, como prelados de la Iglesia. Debe achacarse a la pobreza espiritual del catolicismo en España, el que los obispos, confundiendo la condición de la violencia en las masas y el apoyo de un movimiento contra el Estado, han querido rebajar a Dios, convirtiéndolo en beligerante e identificándolo con la causa con la de los ricos.

(Continuación)

(1) En el breve espacio de tiempo transcurrido entre las elecciones y la sublevación, fueron asesinados en Madrid, por pistoleros al servicio de las derechas: el policía Gisbert, el magistrado Pedregal, el capitán Faraudo y el teniente Castillo, cuya muerte provocó, a modo de represalia, la de Calvo Sotelo.

(2) «The Times», 19 febrero 1936: «La situación parecía despejarse durante el día; pero a última hora de la noche observé cierta tensión en las calles de Madrid. Circulaban rumores acerca de un golpe de Estado, que preparaba el Ejército; pero también se decía que eran sólo bulos que el nerviosismo latente favorecía. Socialistas y republicanos de izquierdas rondan las calles discretamente, vigilando los cuarteles; pero la ciudad está tranquila y se espera que transcurra la noche sin incidentes».

«The Times», 20 febrero 1936: «La censura ha impedido que un periódico de Barcelona publicase un detallado informe de una conspiración preparada aquí, para dar un golpe de Estado con el apoyo de las derechas de Madrid. Según este relato, unos oficiales de Seguridad se reunieron en la Dirección General de lunes por la mañana, acordando enviar cuatro oficiales como delegados suyos a otros cuerpos del Ejército, con objeto de fomentar entre ellos un movimiento subversivo. Encontraron cierto apoyo entre la guardia civil y la oficialidad, pero los carabineros se negaron a secundar la rebelión. Los conspiradores pasaron la noche reunidos, esperando noticias de Madrid; pero su espera fué vana».

«Mientras tanto—según nuestro informe—, los guardias civiles renunciado a su proyecto, se presentaron a las autoridades ofreciéndoles su apoyo en caso de necesidad. Las izquierdas, bien enteradas de lo que se había tramado, se concentraron por miles en los locales respectivos, dispuestas a defender la República».

(3) «The Times», 9 enero 1937: «Por lealtad al Gobierno de Cataluña debe saberse que éste ha logrado salvar la vida a centenares de monjas y sacerdotes, e incluso a siete obispos de la Iglesia católica, cuyo traslado a la frontera facilitó el mismo Gobierno. Entre ellos estaban el Cardenal Primado, el Cardenal Vidal y Barraquer, que fué trasladado a bordo de un buque italiano, después de ser protegido contra las masas por la policía provista de fusiles ametralladores. El Obispo de Barcelona, doctor Manuel Irurita, también fué conducido a un buque de la misma nacionalidad».

(4) Resulta extraño que en la Carta Colectiva de los Obispos de julio, en la que éstos se declaran partidarios de los rebeldes, se advierta, entre otras omisiones, la del Cardenal Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona y primer prelado español que ofreció su adhesión a la República.